

HOMILÍA Iº DOMINGO ADVIENTO – 2013

CICLO “A”

Con la Iglesia oramos en Adviento

“Jesucristo, Palabra del Padre,
luz eterna de todo creyente:
ven y escucha la súplica ardiente,
ven, Señor, porque ya se hace tarde” (Oración litúrgica)

“Ven pronto, Mesías, ven pronto, Señor,
los hombres hermanos esperan tu voz,
tu luz, tu mirada, tu vida, tu amor.
ven pronto, Mesías, sé Dios Salvador” (Oración Litúrgica)

1.- Las lecturas

* **Profeta Isaías 2,1-5.** El Señor viene a todas las naciones trayendo la paz divina del Reino. El profeta espera la salvación de Dios, no de los hombres ni de sus poderes económicos o políticos.

* **Salmo Responsorial 121** Vamos alegres a la Casa del Señor. Él nos espera para acogernos, perdonarnos y sentarnos en su reino para siempre.

* **Carta de San Pablo a los Romanos 13,11-14.** Nuestra salvación está cerca. Dios ha enviado a su Hijo para salvar a la humanidad. Quien cree en Jesucristo está llamado a una vida nueva y santa..

* **Evangelio según San Mateo 24, 37-44.** Estad en vela para estar preparados. La venida de Jesucristo al final de los siglos es imprevisible, pero cierta. Por eso hemos de estar en vela y preparados.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- El Señor vino

“Cuando el mundo dormía en tinieblas,
en tu amor tú quiste ayudarlo
y trajiste, viniendo a la tierra,
esa vida que puede salvarlo” (Oración litúrgica)

A.- El tiempo litúrgico de Adviento nos invita a recordar la **venida histórica** de Jesucristo hace ya más de dos mil años.

* San Juan expresa este misterio insondable de nuestra fe cristiana con pocas pero sobrecogedoras palabras: “En el principio la Palabra existía y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios (Jn.1,1). “Y la palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn.1,14).

* San Pablo nos dice que “al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Gál.4,4).

“Virgen del Adviento,
esperanza nuestra,
de Jesús la aurora,
del cielo la puerta” (Oración litúrgica).

B.- La Encarnación del Verbo es obra del amor y de la misericordia de Dios. San Juan lo expresa de la siguiente manera: “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (Jn.3,16). Agradecemos a Dios, durante toda nuestra vida, la Encarnación del Verbo.

C.- ¿Para qué se hace hombre el hijo de Dios? El Hijo de Dios se hace hombre para rescatarnos de la ley, para redimirnos del pecado, para salvarnos de la muerte y para que recibiéramos la filiación adoptiva (cf. Gál.4,4-5). Hermoso texto paulino que debemos meditar nosotros, cristianos y cristianas del s. XXI. Por todos, también por ti y por mí, el Padre ha enviado a su propio Hijo de Dios para salvarnos. No nos mostremos indiferentes ante Jesucristo que es el Emmanuel, el “Dios-con-nosotros”.

Contemplemos con fe y amor el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. No nos quedemos en lo externo ni en las apariencias. Adentrémonos en el misterio y descubriremos que en el origen de la Encarnación del Hijo de Dios está el amor de Dios a todos, como lo expresa con claridad San Pablo al escribir a Tito. “Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro salvador y su amor a los hombres, él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su gran misericordia, por medio del baño de regeneración y renovación del Espíritu...” (Tit. 3,4-5).

Contemplemos con fe y amor el misterio de la Encarnación y descubriremos que el Hijo de Dios entró en el mundo por los caminos de la pobreza, de la humildad...”Siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (II Cor.8,9). El Papa Francisco nos ha dicho: “deseo una Iglesia pobre y cercana a los pobres. Una Iglesia que vaya a las periferias de la sociedad...” ¡Cuánto tenemos que aprender! Empecemos por cada uno de nosotros...

2.2.- El Señor viene

“Con María, la Iglesia te aguarda
con anhelos de esposa y de madre,
y reúne a sus hijos fieles,
para juntos poder esperarte” (Oración litúrgica).

El Adviento nos recuerda también que el Señor viene ahora, hoy y aquí a nosotros. Veamos algunos textos bíblicos que nos hablan de la **venida mística** del Señor en todos los tiempos de la historia.

* San Juan nos dice: “Jesús le respondió: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn.14,23). Es la maravilla de la gracia increada: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo ponen su casa y establecen su morada en el alma del justo. ¿Qué más podemos pedir? ¿Qué más podemos anhelar? Llevamos en nuestro corazón el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

* San Pablo nos recuerda: “La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm.5,5). Somos templos y sagrarios del Espíritu Santo ya que habita en nosotros. Dejémonos guiar y conducir por el Espíritu Santo.

* San Pablo desea vivamente “que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios” (Ef.3,17-19). Ante la revelación del misterio de la presencia de Jesucristo en nosotros nos sentimos pobres y pecadores. ¿Quién soy yo para que venga a mí el Señor, me visite y habite en mi alma?

Recordemos esas palabras entrañables del Señor que nos dice: “Estoy a la puerta llamando: si alguno oye y me abre, entraré y comeremos juntos” (Apoc. 3,20)..

Abramos el corazón al Señor que viene a todos y a cada uno de nosotros. Él llama a la puerta de nuestro corazón. Más aún, nunca se cansa de llamar... ¡Abrámosle al Señor! Nunca le digamos aquello de: “mañana le abriremos, para lo mismo responder mañana”...

“Abrid vuestras puertas, ciudades de paz,
que el Rey de la gloria ya pronto vendrá;
abrid corazones, hermanos, cantad
que vuestra esperanza cumplida será” (Oración litúrgica)

No vivamos en el pecado, sino en la gracia y amistad con Dios. Y si alguna vez tenemos la desgracia de cometer el pecado, acerquémonos al sacramento del perdón, arrepentidos y con el firme propósito de la enmienda y de iniciar una vida santa y agradable a los ojos de Dios. En este admirable sacramento, encontramos al sacerdote que, como “sacramento de Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia”, y en nombre y autoridad de Cristo, nos perdonará los pecados y nos dará la gracia de Dios..

“Preparemos los caminos
-ya se acerca el Salvador-
y salgamos, peregrinos,
al encuentro del Señor. (Oración litúrgica)

2.3.- El Señor vendrá

“Cuando vengas, Señor, en tu gloria,
que podamos salir a tu encuentro
y a tu lado vivamos por siempre,
dando gracias al Padre en el reino. Amén” (Oración litúrgica)

El Adviento también nos habla de la **venida futura** de Jesucristo al final de los tiempos. El Señor no se ha olvidado ni de la humanidad ni de la creación.

A.- Vendrá al final de los siglos a consumir la historia de la salvación. En el Evangelio de San Mateo nos dice Jesús: “cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria...El Rey dirá a los de su derecha: “venid benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo” (Mt.25,31.34). San Pablo manifiesta en esta misma dirección: “Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados” (Rm.8,17; cf. Rm.8,28-30).

B.- Vendrá al final de los siglos para liberar definitivamente al universo entero de la servidumbre de la corrupción. San Pablo lo expresa de la siguiente forma: “La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto” (Rm.8,20-22). Un día, la creación será glorificada participando en la gloria de los hijos de Dios. ¡Una maravilla de la gracia de Dios!

Recordemos unas enseñanzas del Concilio Vaticano II:

* “El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: restaurar en Cristo lo que hay en el cielo y en la tierra” (Ef.1,10). He aquí que dice el Señor: “Vengo presto y conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obras. Yo soy el alfa y el omega, el primero y el último, el principio y el fin” (Apoc. 12,12-13) (GS 45).

* “Igualmente cree la Iglesia que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre” (GS 10).

* “La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebosar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción, se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas que Dios creó pensando en el hombre” (GS 39)..

Os invito, queridos hermanos, a leer y meditar estas enseñanzas del Concilio, pues han sido escritas para todos, también para ti y para mí. No vamos caminando hacia la nada, ni hacia el absurdo...No somos una pasión inútil y fracasada. Dios es el origen fundante del ser humano; Dios nos sostiene en la vida; Dios nos espera al final de la vida para acogernos. Somos peregrinos por estas tierras, y nos encaminamos al encuentro definitivo con el Señor. Por eso le decimos hoy y siempre: “en la hora de mi muerte llámame y mándame ir a Ti para que con tus santos te alabe por los siglos de los siglos. Amén”. No nos dejes solos, ¡Señor!. ¡No te vayas sin nosotros!.

Recordemos estas palabras de San Agustín: “¡Señor, nos hiciste para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en Ti”.

“Ven, Señor, a libertarnos,
ven tu pueblo a redimir;
purifica nuestras vidas
y no tardes en venir” (Oración litúrgica)

* Recordemos que a “la caída de la tarde de nuestra vida” seremos examinados por el Señor sobre el amor.

“Tuve hambre, ¿le dimos de comer?;
tuve sed, ¿le dimos de beber?;
estaba enfermo, ¿fuimos a verlo?...

El Señor se nos hace presente a cada uno en el pobre y en el hambriento, en el sediento y en el enfermo, en el encarcelado y en el perseguido, en el que no tiene trabajo y en el que carece de casa...¿Cómo respondemos a los pobres, necesitados...?

* En este tiempo de adviento es necesario **defender la vida** humana, toda humana, en cualquier circunstancia en que se encuentre. El Papa Francisco nos dice: “es preciso poner la cara para defender la vida desde la concepción hasta la muerte natural. Debemos escuchar, acompañar y comprender desde nuestro lugar a fin de salvar las dos vidas: respetar al ser humano mas pequeño e indefenso, adoptar medidas que puedan preservar su vida, permitir su nacimiento y luego ser creativos en la búsqueda de caminos que lo lleven a su pleno desarrollo”. Sin estas tres actitudes, ternura, esperanza, paciencia, no se puede respetar la vida y el crecimiento del niño por nacer. La ternura nos compromete, la esperanza nos lanza hacia el futuro, la paciencia acompaña nuestra espera en el cansino pasar de los días”.

* **Recordamos** que hoy, día 25 de noviembre, se celebra **el Día internacional contra la violencia hacia las Mujeres**. “Escribe tu vida. Nadie tiene derecho a destruirla” es el lema con el que Extremadura se suma hoy a esta celebración. Pidamos al Señor que todos nos respetemos, y, de manera especial, que sea respetada la mujer en todos los países de la tierra.

* ¿Qué será del bien que hayamos hecho en este mundo? Sabemos que todo lo bueno que sembramos en este mundo no se perderá jamás, sino que Dios lo guardará, transfigurado, para siempre en el cielo. El Concilio Vaticano II lo expresa así: “Los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando

Cristo entregue al Padre “el reino eterno y universal; reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz”. El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (GS 39).

Esperamos y confiamos en que el Señor misericordioso y compasivo nos acogerá en su casa para toda la eternidad. Veremos a Dios tal cual es, y seremos eternamente felices con la felicidad de Dios. No lo olvidemos.

3.- La Clausura del Año de la Fe

El próximo día 30 de este mes de noviembre, las tres diócesis de Mérida-Badajoz, Plasencia y Coria-Cáceres, presididas por sus Obispos, clausurarán, si Dios quiere, el Año de la Fe en la Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de Extremadura.

Nos unimos a esta celebración. Pedimos al Señor con las palabras que un día le dijeron los primeros discípulos: “Señor, yo creo pero aumenta mi fe”.

*** El Papa Benedicto XVI** nos dijo que “la fe crece cuando se vive como experiencia de un amor y se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo”. “Con fe María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón, los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir al Espíritu Santo”.

*** El Papa Francisco** ha pronunciado una homilía en la Misa de Clausura del Año de la fe. De ella ofrecemos estos párrafos en torno a la centralidad de Jesucristo.

1.- Cristo es el centro de la creación. Se pide al creyente, que quiere ser tal, que reconozca y acoja en la vida esta centralidad de Jesucristo, en los pensamientos, las palabras y las obras. Y así nuestros pensamientos serán pensamientos cristianos, pensamientos de Cristo. Nuestras obras serán obras cristianas, obras de Cristo, nuestras palabras serán palabras cristianas, palabras de Cristo. En cambio, la pérdida de este centro, al sustituirlo por otra cosa cualquiera, solo provoca daños, tanto para el ambiente que nos rodea como para el hombre mismo.

2.- Cristo es centro del pueblo de Dios. Y precisamente hoy está aquí, en el centro. Ahora está aquí en la Palabra, y estará aquí en el altar, vivo, presente, en medio de nosotros, su pueblo.

3.- Cristo es el centro de la historia de la humanidad, y también el centro de la historia de todo hombre. A él podemos referir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias que entretejen nuestra vida. Cuando Jesús es el centro, incluso los momentos más oscuros de

Cada uno de nosotros tiene **su historia**; cada uno tiene también sus equivocaciones, sus pecados, sus momentos felices y sus momentos tristes. En este día, nos vendrá bien pensar en nuestra historia, y mirar a Jesús, y desde el corazón repetirle a menudo, pero con el corazón, en silencio, cada uno de nosotros: "Acuérdate de mí, Señor, ahora que estás en tu Reino. Jesús, acuérdate de mí, porque yo quiero ser bueno, quiero ser buena, pero me falta la fuerza, no puedo: soy pecador, soy pecadora. Pero, acuérdate de mí, Jesús. Tú puedes acordarte de mí porque tú estás en el centro, tú estás precisamente en tu Reino." ¡Qué bien! Hagámoslo hoy todos, cada uno en su corazón, muchas veces. "Acuérdate de mí, Señor, tú que estás en el centro, tú que estas en tu Reino."

La promesa de Jesús al buen ladrón nos da una gran esperanza: nos dice que la gracia de Dios es siempre más abundante que la plegaria que la ha pedido. El Señor siempre da más, es tan generoso, da siempre más de lo que se le pide: le pides que se acuerde de ti y te lleva a su Reino. Jesús es el centro de nuestros deseos de gozo y salvación. Vayamos todos juntos por este camino” (24-XI-2013).

Prosigamos celebrando la Eucaristía. El Concilio Vaticano II enseña que “en la fracción del pan eucarístico, participando realmente del Cuerpo del Señor, nos elevamos a una compenetración con Él y entre nosotros mismos. “Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de este único pan” (ICort.10,17). Así todos nosotros quedamos hechos miembros de su cuerpo (cf. ICort.12,27), pero “cada uno es miembro del otro” (Rm.12,5).

Florentino Muñoz Muñoz